

—¡Si yo hubiese enviado ayer esta dimisión—murmuraba,—no tendría remordimientos para toda mi vida!

Y veía pasar ante él la imagen ensangrentada de Menard, el rostro cadavérico de Lía y el angelical semblante de Paulina de Morangis.....

¡El amor de esta mujer sería su revancha!

—Vamos—exclamó con rabia.—¡Es una partida perdida! ¡Á la otra!

## XVI.

El doctor Loreau había calumniado á Miguel Berthier; éste, el amante de Lía, fué hasta la cacería del lecho de la moribunda.

Lía le llamaba, sabiendo que estaba cercano su fin, ¡el fin de todo!

—¡Dormiré, dormiré eternamente!—exclamaba la infeliz, como si fuese el sueño eterno su dicha, su consuelo.

Entonces, en aquella hora suprema, era israelita de corazón; oraba y se apretaba los dedos con un cordón de cuero, y tenía á su lado el vestido que, como todas las judías alsacianas, debía llevar á la sinagoga en el día de su casamiento y en el de su entierro.

—¡Nunca hubiera estado más bella—decíase tristemente sonriendo—que con este traje! Pero decid, señora Delatre—añadió en voz alta,—¿me reconocerá con ese vestido mi pequeño Daniel?

Y oraba con más fervor, y llamaba á los querubines y serafines, y recordaba sus días de felicidad, los días de luz y aire purísimo, los sauces que se doblaban sobre la corriente de los ríos, las golondrinas que tocaban el agua con sus alas, los cánticos de avecillas lejanas, olvidados hacía mucho tiempo.

Luego pensaba en su muerte próxima, en sus funerales, y regocijábese de pensar que tenía bastante dinero para que la compraran un sepulcro perpetuo.

—Sí—decía,—porque una tumba de dos metros cuadrados, á perpetuidad, cuesta quinientos francos..... ¡No es cara para dormir siempre!

Todos los días preguntaba al doctor Loreau si pensaba en que iría á verla Miguel.

—Cierto, querida niña—respondía el médico.

Y al día siguiente añadía la enferma:

—¡Un día menos de vida, doctor!..... ¡Y él no viene!.....

—¡Paciencia! Ya vendrá.

Sintiéndose morir, dijo:



—Esta noche todo habrá concluído, y él no viene. ¡Eso no está bien, no! ¡Jamás lo hubiera creído! Y nada le he hecho, nada; al contrario, tomé el antídoto para no morir en su casa..... En fin, paciencia; si no le veo á *él*, voy á ver á mi Daniel..... ¡Y ya veréis como él viene á mi entierro! ¡Oh! ¡no quisiera que me llevasen sola al cementerio!..... Vos iréis, señora Delatre, ¿no es verdad?

La pobre señora Delatre lloraba.

—¿Estáis loca, hija mía? ¿Por qué habéis de morir?

—Porque, porque..... vamos, ¿qué os importa eso? Juradme que me acompañaréis.

—Bueno..... pues lo juro.

La agonía comenzó aquella misma noche, y Lía, dulce en la hora de la muerte como en su vida, exhaló su último suspiro sonriendo y orando.

—Tú hieres—murmuró con voz débil poco antes de espirar;—¡tú hieres, Padre de las misericordias, y tú curas!

Y en aquellos momentos supremos experimentó en su corazón viva alegría, un alivio infinito, dulcísimo: oyó que la puerta del cuarto se abría suavemente, y sintió que alguien entraba.

—¡Él! ¡es él!—exclamó con gozo, como si todo

su amor pasado afuyera á sus labios con el perdón para el ingrato.

—¡Miguel!—añadió temblorosa, cayendo sobre sus brazos descarnados al borde del lecho.

No era Miguel: era una mujer linda, pálida, vestida de negro, que avanzaba hacia ella lentamente, y la moribunda se preguntaba con terror si llegaba la muerte.

¿Por qué no era *él*? ¿Por qué era *ella* la que se le aparecía en sus postreros instantes?

Y Paulina de Morangis (era ella) se acercaba al lecho de la enferma, como poco antes se había acercado á la cabecera de Clotilde Ballue; y así como en la guardilla de la calle de Hauteféuille había visto sobre la cómoda de nogal y entre flores marchitas el retrato del oficial que había perdido á la pobre muchacha, encontró en el cuarto de Lía, piadosamente colocado al par de un gorro de niño, el retrato del *hombre*, el retrato del *padre*..... y aquel retrato era el de Miguel, el del retórico que hablaba con voz de lágrimas acerca de la triste suerte de las madres abandonadas.

Paulina sintió que toda su sangre la llenaba el pecho, y creyó desvanecerse: un anónimo, un billete de escritura contrahecha y desfigurada, que se parecía, no obstante, en sus principales rasgos



á la letra de Francina de Rives, la había dado el nombre y las señas de Lía, y la invitaba á preguntar á la moribunda el secreto del alma de Miguel Berthier.

Paulina sabía ya bastante, y la carta anónima no mentía; quiso entonces marcharse, deplorando haber pasado bajo los umbrales de aquella casa, como si alguna indiscreción sacrílega la hubiese impulsado hacia la desventurada que moría, y entonces la señora Delatre la preguntó:

—¿Qué queréis? ¿á quién buscáis?

Paulina balbuceó:

—Nada..... venía..... se me había dicho..... ¿Es aquí donde vive la señorita Hermann?

¡Parecía una culpable!

Se excusaba, como de un crimen, de haber querido sondear el crimen de otro.

Entonces salió del fondo de la sala una voz estridente que decía:

—¿La señorita Hermann? ¡soy yo! ¿quién os envía? ¿qué queréis? Nunca os he visto, pero os conozco: sois la mujer con quien *él* se casa, y por casarse con vos me ha abandonado..... ¿Gozáis tal vez con verme morir? ¿Queréis convenceros de que Lía ya no existe? ¡Oh! Lía no tiene que esperar mucho tiempo para librarse de él, de vos y del mundo.....

Y mientras Paulina se estremecía, abofeteada por las palabras de la mártir, Lía, como arrepintiéndose de aquel movimiento de cólera que la hubo acometido, continuó así:

—¡Daniel, querido Daniel, mi angelito rubio! ¡Oh! Pronto no estarás solo en tu sepulcro..... Ahí voy yo, tu mamá, que se llena de alegría al pensar en que va á encontrarte..... Estoy contenta, muy contenta..... Me burlo de ellos, de los otros, porque voy á buscarte, ¡Daniel mío!

Paulina miró otra vez á Lía, que con la cabeza inclinada sonreía al ser invisible á quien hablaba, y salió inmediatamente, asustada, trémula, bajando con lentitud la escalera.

Al llegar al portal retrocedió con viveza y quedó un instante indecisa: un hombre entraba, y le había conocido; era Miguel Berthier.

—¡Vos!—exclamó al verle, exhalando un grito.—¡Vos! ¡Venís á ver morir á vuestra querida!

Él estaba mudo de estupor, y se quitó maquinalmente el sombrero; buscaba una palabra, un grito del corazón, y no le hallaba; sólo tenía un pensamiento: ¡que Paulina no saliese de aquella casa sin haberle perdonado!

—Os suplico —dijo luego, recobrando su aplomo y serenidad de costumbre,—os suplico que me



escuchéis; no sé lo que se os ha dicho..... ¿qué se os ha dicho?

—Preguntádselo á la moribunda — contestó secamente Paulina, — y preguntádselo también al doctor Loreau, que no sabe mentir.

—¡Ah! ¡El doctor! — balbuceó Miguel, comprendiendo entonces la absoluta frialdad con que le recibían en casa del Conde de Morangis.

Y en el único instante que á la sazón le concedía el destino para tomar la revancha de su derrota en la política, intentaba reconquistar á Paulina con una palabra, con un grito.

—¡Paulina! — dijo así, aunque nunca hasta entonces la había llamado por su nombre, como si la dirigiese una súplica, un llamamiento desesperado. — Paulina, escuchadme: si otra cosa os han dicho, la verdad es que todo lo he sacrificado por vos, por vos sola, y lo que yo os he dicho, Paulina, era el secreto del que os ama, que os adora y que morirá si no le amáis.

La señorita de Morangis sintió en su corazón como un pinchazo de aguja: era entonces la vez primera que una voz humana la decía esas adorables palabras que parecen la síntesis de una vida de cariño, de un alma entera: *¡Yo os amo!*; y la voz que las pronunciaba era la voz del hombre

por quien una pobre mujer yacía moribunda.....

—¡Dejadme! — respondió Paulina con altivez, levantando la frente en presencia de aquel hombre que suplicaba. — Yo había jurado no escuchar esas palabras sino pronunciadas por los labios de mi prometido, y ahora.....

—¿Ahora, ahora?

—¡Ah! — exclamó Paulina con arranque de pasión desesperada. — Ahora no tengo más prometido que Dios; no tengo donde escoger: ¡el claustro!

—¿Qué decís, Paulina? ¿queréis morir para el mundo? ¿queréis que vuestro padre muera de pena?

—¿Mi padre? — replicó la señorita de Morangis. — Mi padre querrá mejor ver muerta á su hija, que casada con un miserable embustero.....

Berthier retrocedió anonadado, como si aquella injuria implacable hubiese sido un rayo.

—¿Habéis querido verme y hablarme? — añadió Paulina, descubriendo el secreto de su vida. — Pues oid, escuchad: os he amado, Mr. Berthier, y habéis sido el único hombre á quien yo creía adornado de bellas cualidades que soñaba para mi futuro esposo, no consagrándome á Dios; habéis sido el ideal de mi vida; creía en vos y tenía fe en



vuestra elocuente abnegación por el que sufre sin quejarse..... Pero no os conocía, y hoy habéis marchitado en mí toda esperanza; no me amáis ¡mentís! porque habéis dicho esas mismas palabras á otra mujer que se muere por haberos escuchado y creído. ¡Lía Hermann no tenía los millones que tiene la señorita de Morangis!..... Y habéis apartado de vos á esa pobre mujer que os dió su vida, porque no podía daros también riquezas..... ¡Hay entre nosotros dos ese rostro agonizante y esa infamia! ¡Dejadme pasar! Os he amado y os desprecio, ¡os aborrezco!..... porque habéis destruído todos los ideales que en mi alma se desenvolvían, las esperanzas y los dulces ensueños que arrullaban mi corazón dulcemente. Dejadme pasar, y no volváis á presentaros delante de mí. Quiero más el crimen que la vergüenza; más el convento que á un cobarde.

Miguel la vió alejarse lentamente, asombrado, vencido.

Y cuando volvió á recobrar el dominio de sí mismo, lanzóse detrás de Paulina.

¿Para qué? ¿Por qué? No lo sabía; tal vez para dar algún escándalo ó cometer alguna villanía.

¿Por qué no? ¡Una villanía que le hubiera unido forzosamente con aquella niña! Él todo lo había

olvidado, hasta su título de ministro, hasta su reputación y buen nombre: sólo veía á la señorita de Morangis, tan soberbia, tan pura, tan magníficamente bella en su cólera, que se alejaba de él para siempre y llevaba un dote de cinco millones en su mano derecha enguantada.

Pero cuando pudo ver á Paulina, la vió en su carruaje que se alejaba al galope de recios caballos, pálida como una muerta, casi desvanecida en los mullidos cojines del coche.

De toda su existencia de amor quedábale sólo Francina, cuya sonrisa burlona le parecía ver, cuya voz maligna le parecía oír en el aire. ¡Ah, miserable, miserable, cobarde, y desgraciado!

## XVII.

El Conde de Morangis entró una mañana en el cuarto de su hija, con el rostro amarillento, los ojos hinchados y enrojecidos por una noche de insomnio.

Paulina estaba ya levantada y vestida de negro, como una viuda, y su padre, que la miró un instante, la dijo en voz baja:

—¿Has reflexionado ya? ¿Lo sabes todo?



—Sí.

—¿Miguel Berthier?....

Inexplicable expresión de disgusto reflejóse en el tranquilo rostro de Paulina, quien se encaminó á su librería, abrióla con lentitud, cogió una de las obras religiosas que su padre había escrito, y presentósele al Conde de Morangis, diciendo:

—Tenéis razón, padre mío, la dicha está ahí.

—¡Hija!—exclamó el padre! dispuesto á sacrificarlo todo, hasta su desprecio á Miguel Berthier, en holocausto á la vida de Paulina.—¡Hija! ¿quieres morir?

Y ella respondió con exaltación impregnada de tristeza:

—Yo no quiero vivir la vida de infamia que había adivinado sin conocerla, y que aborrezco después de haberla conocido: la vida del mundo..... ¡Quiero vivir en la alegría y la felicidad del Señor!

Quería, casta y santa virgen, dar su juventud á la muerte, dar su belleza á la fría soledad del claustro.

La traición de Berthier, el secreto de la existencia de Lía, todo lo que llegó á saber en la terrible prueba de aquel día fatal, hirióla en el corazón y cortó los lazos que la unían con la vida del mun-

do: tenía ardiente anhelo de reposo, de voluntario aislamiento, de inmólación, de silencio.

—¡El que voy á amar, el que ahora amo, ese no cambia ni hace traición!

Y su corazón nobilísimo se levantaba hacia Jesucristo, con toda su ternura dolorosa, como en cánticos de amor.

.....  
Paulina de Morangis resplandecía de dicha la mañana en que entró en el convento de Hermanas de la Natividad, de Saint Germain, y aun tuvo para su padre un beso postrero, una última lágrima.

—Perdonadme—le dijo, —pues no os abandono por un hombre, sino por Dios.

Y el Conde, con el corazón traspasado por la pena, y la garganta desgarrada por los sollozos, quiso asistir, como á una agonía, á la toma de velo de su hija en la capilla, adornada de rosas, ¡rosas de una tumba!

Francisco de Morangis, después de una noche de insomnio, noche siniestra en la soledad de sus días, encontrábase desde muy temprano en la iglesia del convento, con la frente apoyada en un pilar, mirando con vaguedad sombría la suave luz del alba que penetraba por vidrios de colores azules ó rojos cual manchas de sangre.



Las religiosas se arrodillaban en el coro, y entre los espectadores atraídos por la novedad del espectáculo, el Conde creyó reconocer á la Baronesa de Rives, miserable mujer que iba allí como al estreno de un drama, con el apetito insaciable de nuevas emociones.

De repente apareció su hija, su Paulina, envuelta en rico traje de satín blanco, adornada de flores como una desposada, escultural, hermosa, y dirigida por la madre abadesa y la madre de novicias, como un ser lleno de vida á quien se conduce á la muerte.

Paulina no miraba á su padre. ¡Ya pertenecía á otro!

Luego un hombre, un clérigo que estaba en el púlpito, comenzó á pronunciar frases de sacrificio, de penosos deberes, de abnegación cristiana, de eterna despedida del mundo; y Paulina, con la mirada ardiente, con la sonrisa vaga de la neófita, respondía:

—¡Ya lo sé! ¡ya lo sé!..... y estoy dispuesta á pronunciar mis votos.

Eternidad de la muerte, aceptada, deseada, casi exigida por odio á las bajezas y miserias de la vida.

Y después una religiosa se acercó lentamente á

la novicia, la quitó la corona de flores, la cortó un rizo de sus sedosos cabellos..... y el hierro, el frío del hierro que produce en el condenado una impresión de muerte, Paulina le sintió deslizarse y correr por su piel sin estremecimientos dolorosos, con el íntimo consuelo que se experimenta cuando se pone una mano febril sobre un mármol pulimentado.

Francisco de Morangis había cerrado los ojos, y cuando volvió á abrirlos vió á su hija vestida de negro, con el luto de su juventud y su hermosura, que desaparecía con lentitud, rígida, altiva, en el interior del claustro.

Y parecíale que un vacío inmenso le rodeaba en la fría nave de la capilla.

Pero volvió á ver súbitamente á su Paulina cuando ella reapareció con sus negras hopalandas que la envolvían como en fúnebres pliegues; y en lo sombrío de aquel traje se destacaba la palidez del rostro de Paulina, semejante á esos bustos de mármol blanco que yacen bajo cogullas de mármol negro en las antiguas tumbas.

—¡Paulina, Paulina!—murmuraba Francisco de Morangis, apretando con sus dientes, para no gritar, los dedos que le ardían, y aun teniendo vivos deseos de exhalar un postrer llamamiento desesperado



y á la vez moribundo. — ¡Hija mía, hija mía!  
 ¡Ah! ¡Cómo hubiera desgarrado, quemado y arrojado al viento las cenizas de sus libros, aquellos libros escritos por su mano, que habían ofrecido á su hija las perspectivas de beatitudes eternas más allá de este mundo!.....

Y él se maldecía, miserable padre á quien los hijos de su cerebro robaban y arrebataban la hija de su carne y de su sangre.

— ¡Paulina, Paulina, Paulina!

Y no era ya siquiera Paulina aquella mujer sepultada en tosco sayal negro hasta que estuviera envuelta en blanca mortaja; ya no era su hija aquella religiosa arrodillada ante el altar, bajo el ancho velo de muselina que extendían sobre ella cuatro *hermanas* suyas, compañeras futuras de su vida claustral; ya no era su hija aquella á quien se festejaba por sus votos con el cántico de los cánticos y con las armonías solemnes del órgano entre el vago blanquecino del incienso: no era Paulina de Morangis, sino la *Hermana San Francisco*; no estaba ya enlazada con su padre sino por aquel nombre de religión que él tenía también y que había de escribirse, según sus deseos, sobre su sepulcro.

\* \* \*

Y mientras en San Germán una reclusa decía adiós al mundo, un pequeño ataúd trasportaba hacia un rincón del cementerio Montmartre á la que había sido en la tierra Lía Hermann.

La señora Delatre y sus vecinas seguían el negro féretro de la bella judía, y también la acompañaba el doctor Loreau, el médico que vió morir á la pobre niña.

— Ya sé que esto no es costumbre—decía el buen doctor;—pero yo lo hago.

Y buscó alrededor del hoyo en que se depositaba el cadáver de Lía, al hombre que había herido de muerte á la desventurada muchacha; pero Miguel Berthier no estaba allí.

—Vamos—pensó el médico,—ha tenido el pudor de no venir.

Y mientras las monjas cantaban en el convento cánticos de alegría por la profesión de Paulina Morangis, el rabino en el cementerio israelita mascullaba con voz gangosa plegarias de guturales ecos que parecen salir del fondo de Oriente y del fondo de los siglos.

— ¡Dos muertas!—pensaba Edmundo Loreau.

Volvió en la tarde al hotel Morangis, donde el Conde, encerrado en su gabinete, oía sin cesar sonidos de campanas que le parecían clamores de



funeral y le atravesaban el corazón como con hierros candentes.

El hotel quedó así en lo sucesivo, cerrado, triste, sombrío; no resonaba en él rumor alguno; las puertas giraban como por sí solas en los goznes; los criados hablaban muy bajo.....

Se veía pasar, á través de la biblioteca y del gabinete de trabajo, una especie de hombre, andando lentamente sobre el tapiz que ahogaba el ruido de sus pasos: era el Conde de Morangis, tétrico, encorvado como un anciano, cuya larga barba y finos cabellos habían encanecido; no hablaba nunca; servíasele la comida en su mismo gabinete; salía poco; escribía mucho.....

Nadie llamaba á la puerta del hotel, denominado ya en el noble *faubourg*, por voz popular, *la tumba*, y el Conde se había separado en absoluto del mundo; una visita solía llegar casi todas las tardes á la casa, golpeaba en el colosal portón, que se abría á medias, atravesaba el patio, entraba al vestibulo y subía al primer piso, habitación del Conde de Morangis.

No se anunciaba jamás, porque el Conde sabía de antemano que aquella visita era el doctor Loreau: le daba la mano sin desplegar los labios, indicábale un asiento y á veces le invitaba á participar de su comida.

—Tengo mucha prisa—le contestaba invariablemente el doctor.—Mis visitas, mis consultas..... ¡Las enfermedades no me dejan descanso!

Y el doctor se sentaba y se informaba de cómo el Conde había pasado la noche; y hallándole casi siempre agitado y febril, le decía reprendiéndole:

—¡Has trabajado hasta el día!

—Sí, sí..... ¡he trabajado!—respondía el Conde con voz cavernosa, con acento de dolor.

—Pero ¿qué necesidad tienes de quemarte la sangre pasando las noches sobre el papel?

Y á esta pregunta el Conde de Morangis no respondía, no quería responder.

Una vez, sin embargo, se levantó erguido, acercóse con firme paso á su mesa, abrió un cajón, tomó un abultado manuscrito y se le presentó al doctor, diciendo con fría resolución:

—Toma: he ahí por qué velo; esto es lo que anhelo terminar antes de morir.

Loreau contempló al Conde como si adivinase el contenido de aquel manuscrito, y moviendo tristemente la cabeza, le dijo:

—Ya veo que tu razón lucha contra tu fe, y te lleva, te arrastra; ya sé que el padre se ha rebelado en tí contra el cristiano, y has quemado en tu alma lo que antes adorabas; ya conozco tus do-



lores, tus dudas, tus sufrimientos. ¡Ah, mi pobre amigo! Estas páginas que no he leído contienen, lo adivino, el testamento de tu conciencia sublevada contra tí mismo.....

—Sí, sí—contestó el Conde,—eso es, eso; y el libro que ha sido el trabajo de toda mi vida, que me ha costado tantas vigiliass y tantas satisfacciones, esa *Vida de convento en la Edad Media* que me ha robado á mi hija, que me ha robado la carne nacida de mi carne, ese libro le destruyo ahora con este manuscrito que se publicará después de mi muerte, y en el que el padre, como tú dices, se rebela contra el padre de todos, contra el Dios que nos arrebató nuestros hijos..... Se me llamará también renegado, como *al otro*..... ¿Qué importa? ¡Me vengo!..... y quisiera que mi primer libro no arrancase el corazón á otros hombres como me le ha arrancado á mí.

Y había un dolor tan grande y tan profundo en estas frases del Conde, semejantes á quejidos del alma, que el médico Loreau respondió al anciano abrazándole:

—¿Qué he de decirte, pobre amigo mío? Pero yo me felicitaría de que hubieses conservado la fe, para que ella te ayudase á sufrir tantas amarguras.

Y era conmovedor el espectáculo que ofrecían aquellos dos hombres, corazones sinceros, espíritus altivos; creyente el uno, que ahogaba en su alma toda esperanza, todos los recuerdos del pasado, complaciéndose en agrandar su herida y preguntando con qué derecho el poder de lo alto separa á los seres nacidos para amarse; sabio el otro, que había llegado, cual minero infatigable, á la meta de la ciencia, y olvidaba entonces sus teorías y firmes convicciones para desear á su amigo un poco de esperanza, un poco de fe.

La conversación concluyó, como otros días, con esta pregunta del Conde al doctor Loreau:

—¿Quieres acompañarme? Voy á ver á Paulina.

Y añadió suspirando:

—Verla á través de las rejas, sin poder abrazarla y besarla, es verla á través de la tumba. ¡Ah! Venga, venga la muerte para dejarnos libres, y.....

—¡Y para reunirnos!—añadió Loreau interrumpiéndole.—Sí, para reunirnos en el inmenso universo á donde todo vuelve, todo renace ó se transforma, todo palpita con eterna vida; y nada perece.....



## XVIII.

Miguel Berthier se preguntaba cuál habría de ser su porvenir, su vida; ¡una vida y un porvenir frustrados!

Todo crujía alrededor de él, como un témpano en el periodo del deshielo: veía agigantarse, sentía subir la ola que amenazaba tragarse el Imperio.....

Y todo le faltaba: las amistades antiguas y las alianzas recientes.

Hizo lo que todos hacen cuando un derrumbamiento, un dolor profundo, un anhelo de olvido les arrojan fuera de sus costumbres ordinarias, fuera de las sendas holladas todos los días: viajar.

Y viajó mucho, á través de Suiza, de Italia, de Alemania, paseando por museos y palacios, á orillas del Léman, en las Cascinas y en el Prater, la cólera de su caída y la amargura de sus recuerdos.

La casualidad le hizo encontrarse un día en Florencia con el jóven Tancredo Bourtibourg, de quien intentó ocultarse, como si el frívolo mu-

chacho hubiese tenido conciencia de su caída; pero los auntos políticos preocupaban muy poco al perfumado Tancredo, y además la opinión de éste acerca de Miguel Berthier consistía sencillamente en que el antiguo ministro era un mundano, y esto lo consideraba el hijo del diputado Bourtibourg como una virtud.

Tancredo comprendió que el disgusto, el fastidio dominaba á Miguel Berthier, y como preguntase á éste si pensaba continuar en la Cámara, le respondió Berthier:

—No, de ningún modo; ¡he caído de muy alto! Tengo presentada la dimisión de mi doble cargo de ministro y diputado.

Pronuncióse en la conversación el nombre de la Baronesa.

—Pero ¿no sabéis?—dijo Tancredo.—Ya no forma parte del *todo Paris*, no: desde sus últimas relaciones con Dalerac..... ya sabéis, Luis Dalerac, á quien ella despidió bien pronto; ¡un capricho de entreacto!..... desde entonces, digo, ¡eclipse total! La Baronesa de Rives habita en provincias, en el Berry, al lado de su esposo, quien la ha recogido, según parece, sin perdonarla..... Pero es bien digna de lástima, ¡oh! bien digna de lástima: aquella amosa sonrisa á lo..... ¿cómo decíais vos? á lo Vinci,



de la que estaba tan orgullosa, y aquella terrible mirada que era, según parece, un peligro..... ¿os acordáis, amigo mío?

—¿Y qué, qué?

—¡Se acabaron para siempre! Se acabó la sonrisa y se acabó la mirada; un ataque de viruelas lo ha destruído todo; tiene ahora la boca torcida y desdentada..... los ojos hinchados, saltones, encarnados..... ¡una ruina!

—¡Ah!—exclamó Berthier.

—Sí, amigo mío; absolutamente arruinada la Baronesa: encerrada en su Berry, si antes ha hecho ministros.....

Miguel palideció.

—Ahora hace y deshace consejeros municipales. Es una mujer que piensa como César: quiere ser la primera del pueblo..... Y bien hecho: que se esconda y se agite en aquel agujero de provincias, porque en París hasta el mismo Dalerac no la saludaba. Pero ¡qué truhán es el tal Dalerac! *Addio, caro.*

Y se separaron.

Entonces Miguel Berthier, volviendo lentamente á su hotel, pasaba revista á toda su vida. No había sino espectros alrededor de él: Lía muerta, Paulina desaparecida, la Baronesa oculta para siempre y perdida. Y ¡Pedro Menard!

Miguel se estremeció: Pedro Menard era como la mancha inmensa de su conciencia; parecía que tenía en la frente una salpicadura de la sangre de aquel hombre.

Y cuando se acordaba de su juventud, de sus ensueños de libertad, de progreso, de porvenir, decía, golpeándose en el pecho:

—Yo no era malo, no; yo quería sinceramente la dicha y la libertad de todos. ¿Qué me ha faltado? ¿Qué me ha perdido? ¡Ah! el egoísmo, sólo el egoísmo.

Después, exhalando aguda exclamación de dolor y violento coraje, exclamaba:

—¡Política, miserable política! Ella nos hace retorcernos como un sarmiento; ella es la que guía á los débiles y ambiciosos hasta las capitulaciones y las villanías. ¡Desde hace un siglo, Francia, la noble Francia, sólo vive de frases huecas! ¡Yo muero!

¿Morir? Sí, ¡había pensado en ello!

Se condenó á vivir, no obstante, á vivir para expiar y conducir á través del mundo sus remordimientos de vencido y sus amarguras de olvidado.

Se le vió el día de las Animas en el cementerio de Montmartre: tal vez deploraba en aquel instante



la flor de su juventud arrebatada como arista al empuje del viento.

Y envejeciendo rápidamente, ahora con los cabellos ya blancos, se le ha oído exclamar dolorosamente más de una vez:

—¡Ah! ¡Si yo pudiese volver á comenzar mi vida!

¡Oh ilusión! La vida no se rehace jamás, el destino sólo concede al hombre un minuto para escoger.

FIN.



